

YACHAY ADHIERE A UNA LICENCIA CREATIVE COMMONS

ATTRIBUTION-NONCOMMERCIAL 4.0  
INTERNATIONAL – (CC BY-NC 4.0)DOI: <https://doi.org/10.35319/yachay.202582183>

## El límite de nuestra humanidad. Reflexiones de una joven teóloga sobre la misión, fe e interculturalidad

## The limit of our humanity. Reflections of a young theologian on mission, faith, and interculturality

*Michelle Karina Orellana Alarcón<sup>1</sup>*

### Resumen

Se ofrece una reflexión teológica desde la experiencia de una joven religiosa misionera en contextos de pobreza y diversidad cultural en Bolivia y Filipinas. Inspirado en la teología de los insignificantes y la espiritualidad joánica, entrelaza vivencias con conceptos como *kénosis*, opción por los pobres y el discernimiento contextual. Desde la fragilidad como gracia, propone una misión encarnada e intercultural. Más que respuestas, plantea preguntas sobre cómo vivir una fe comprometida desde los márgenes.

### Palabras Clave

Humanidad – pobreza – sufrimiento – misión – Mangyan – límite

### Abstract

This text offers a theological reflection rooted in the experience of a young missionary sister in contexts of poverty and cultural diversity in Bolivia and the Philippines. Inspired by the theology of the insignificant ones and Johannine spirituality, it weaves lived experience with concepts like *kénosis*, the option for the poor, and contextual discernment. From fragility experienced as grace, it proposes an embodied, intercultural

<sup>1</sup> Misionera con las tribus indígenas Mangyan, Filipinas.

mission. Rather than offering answers, it raises questions about living a committed faith from the margins.

### **Key words**

Humanity – poverty – suffering – mission – Mangyan – limit

## **Introducción**

Hablar de misión, fe e interculturalidad desde los márgenes exige reconocer con humildad los límites de nuestra humanidad frente al misterio del Dios encarnado. Esta reflexión surge desde ese lugar de frontera: la impotencia ante la potencia del Evangelio, la insuficiencia de la razón ante el sufrimiento, y la fragilidad que se abre a la gracia.

En un mundo marcado por desigualdades, exclusión y pluralismo religioso, la pobreza es una herida multidimensional que desafía nuestras convicciones éticas, sociales y teológicas. La fe no puede limitarse a doctrinas ni la misión a estrategias uniformes; ambas requieren una encarnación radical y una cercanía transformadora con quienes habitan las periferias.

Inspirada en la espiritualidad joánica de la comunión – “lo que hemos visto y oído” (1 Jn 1,3)– y en la teología de los insignificantes del jesuita Víctor Codina, esta reflexión entrelaza vivencias misioneras en Bolivia y Filipinas con categorías teológicas como la *kénosis*, la opción por los pobres y el discernimiento contextual. En esta perspectiva, los pobres no son solo destinatarios de la acción pastoral, sino sujetos epistémicos y teológicos, mediadores del Evangelio que Jesús vivió como uno de ellos (Lc 4,18-19; Mt 25,31-46).

Desde esa geografía existencial de frontera, donde convergen pobreza, espiritualidad popular e interculturalidad, se configura una mirada teológica que no busca respuestas definitivas, sino abrir una búsqueda en tensión allí justamente donde el dolor humano nos confronta, donde la interculturalidad descentra, y donde el rostro del otro –pobre, migrante, indígena o excluido– revela el rostro del Crucificado.

En este marco, mi experiencia misionera ha sido un camino espiritual y teológico que me interpela con preguntas vitales: ¿Cómo ser testigos creíbles del Dios encarnado en un mundo que sufre? ¿Cómo hacer Cristología desde los márgenes? ¿Dónde está Dios cuando parece ausente? Este texto invita a redescubrir la misión como comunión, la fe como encarnación y la interculturalidad como escuela de humildad, desde el límite donde el Evangelio se hace carne entre los más vulnerables.

### **1. Desde lo que hemos visto y oído: la teología de los insignificantes como experiencia de comunión (1 Jn 1,1-3)**

Inspirada por el libro *Una Iglesia nazarena* de Víctor Codina, inicié mi formación en la vida religiosa reflexionando sobre lo que él denominaba “teología de los insignificantes”. En su obra, Codina relata cómo, en determinados contextos latinoamericanos, había religiosas que, más que evangelizar en términos clásicos, se esforzaban por ser “buenas vecinas” de quienes las rodeaban<sup>2</sup>. Este enfoque, que privilegiaba el “ser y estar” por encima del “hacer”, me interpeló profundamente.

Como religiosa misionera, he tenido la oportunidad de vivir en Bolivia, Paraguay y Filipinas. La pobreza, con sus múltiples rostros, no conoce fronteras. Caminando por calles, mercados, cementerios y hospitales, he visto no solo carencias materiales, sino también heridas profundas del alma: familias golpeadas por la violencia intrafamiliar, la explotación laboral, enfermedades incurables o desastres naturales. En todos esos rostros dolientes resuena la pregunta evangélica: “¿Dónde estás?” (Gn 3,9).

En Bolivia, al igual que Codina, viví en el sur de Cochabamba, en una zona periférica sin agua potable ni alcantarillado, pero paradójicamente con acceso a electricidad e internet. Las familias sobrevivían del comercio informal, y muchos jóvenes, faltos de oportunidades, eran absorbidos por dinámicas cercanas al narcotráfico. Recuerdo especialmente la festividad de Todos los Difuntos<sup>3</sup>. Niños de apenas cinco años iban de casa en casa rezando a cambio

<sup>2</sup> Víctor Codina, *Una Iglesia nazarena. Teología desde los insignificantes* (Santander: Sal Terrae, 2010), 89.

<sup>3</sup> “La tradición boliviana de Todos los Santos indica que las almas de los difuntos retornan al mundo al medio día del 1 de noviembre, para permanecer en el mundo de los vivos durante 24 horas. En este tiempo, las almas comparten y disfrutan los manjares que los familiares prepararon e instalaron en una mesa o altar en su honor”. Ministerio de Relaciones Exteriores, “Bolivianos celebraron Todos Santos en diferentes partes del mundo”.

de pan. Sus rostros, iluminados por una sonrisa al recibir ese humilde alimento, me revelaron la profundidad de la esperanza que habita en los pobres. Una anciana, mientras visitaba la tumba de su esposo, me ofreció un vaso de Coca-Cola y compartió su dolor con sencillez y dignidad. Ese gesto, tan humano y evangélico, me recordó que la comunión se construye desde lo pequeño, desde lo compartido<sup>4</sup>.

Confirmé que la pobreza es también un lugar teológico donde Dios se revela. La anciana que pedía limosna en la puerta del templo o la mujer que buscaba medicamentos para tratar su cáncer no solo necesitaban ayuda material; anhelaban ser escuchadas, miradas, reconocidas. Esos momentos, aparentemente insignificantes, me hicieron comprender que la verdadera evangelización comienza cuando entramos en comunión con el otro, cuando dejamos que sus heridas se crucen con las nuestras.

Mi horizonte misionero se amplió aún más en Filipinas. En Manila, el ritmo frenético de la ciudad contrasta con el silencio de los rostros que evitan cruzar miradas en el tren. Me impactó descubrir que una de las normas de comportamiento sea evitar el contacto visual con extraños; en otras palabras, está prohibido mirar a los ojos a los demás pasajeros. Según las autoridades, esto se hace por cuestiones de seguridad, ya que solo en Manila hay más de 13 millones de habitantes (según el censo de 2020)<sup>5</sup>.

Otro dato curioso es que, quizá debido al número de habitantes o a las profundas desigualdades económicas, la pobreza se siente de cerca, como si uno mismo la viviera en carne propia. En Manila, es común ver casas lujosas junto a otras en ruinas, con ropa tendida en las ventanas, muchos gatos y perros como mascotas, y niños descalzos jugando con lo que encuentran a su alrededor. En el peor de los casos, miles de personas viven directamente en las calles. Los llamados *homeless*<sup>6</sup> duermen en cualquier acera y durante el día cargan

<sup>4</sup> “Lo que hemos contemplado y palparon nuestras manos... eso os anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros” (1 Jn 1,1-3).

<sup>5</sup> Philippine Statistics Authority, “Population and housing”, <https://psa.gov.ph/classification/psgc/submu-ni/1380600000>.

<sup>6</sup> “Se estima que había alrededor de 4.5 millones de personas sin hogar en Filipinas en 2018. Aproximadamente dos tercios de ellas se encuentran en la zona metropolitana de Manila. Se dice que esta es la cifra más alta en cualquier área urbana del mundo”. Carl Russel R. Reyes y Gino Antonio P. Trinidad, “The Invisibles’ Right to the City: A Policy Research on Homelessness in the Philippines”.

una carreta de madera con sus pocas pertenencias, acompañados de sus fieles mascotas, que soportan con ellos el calor extremo y las lluvias torrenciales de los tifones. Algunos logran “mejorar” su situación al mudarse a los basureros de la ciudad, como *Smokey Mountain*<sup>7</sup>, donde se depositan toneladas de basura cada día. Allí, su alimento diario es el *pagpag*, comida reciclada de los restos de los restaurantes de comida rápida, es decir comida recogida de la basura<sup>8</sup>. Vivir en este contexto me confrontó con una pregunta esencial: ¿cómo hablar del Dios que es comunión en medio de tanta fragmentación?

Más tarde, mi misión me llevó al ámbito rural, concretamente a la isla de Mindoro Oriental<sup>9</sup>, donde compartimos vida con las tribus indígenas Mangyan<sup>10</sup>, especialmente las marginadas: Bangon y Buhid. Aquí, la misión es desde el compartir cotidiano: rezar juntos, cocinar, trabajar la tierra, caminar durante horas para llevar la Eucaristía o visitar sus comunidades más remotas. Sus casas, hechas de bambú y hojas de palma, sus comidas limitadas a plátanos silvestres y su generosidad desbordante, me confrontan con mi propio estilo de vida y con la comprensión occidental de las “necesidades básicas”.

En nuestra comunidad, acogemos a jóvenes que desean continuar sus estudios en escuelas cercanas o llegar a la universidad. Divididos en dos casas de formación, vivimos con 32 jóvenes de las tribus Mangyan Alangan, Hanunoo, Buhid y Bangon. Los fines de semana los dedicamos a visitar sus comunidades acompañadas por los Misioneros del Verbo Divino. Para llegar a estos bosques montañosos, viajamos en motocicleta, triciclo o automóvil hasta donde el camino lo permite, y luego seguimos a pie, cruzando ríos y montañas

<sup>7</sup> Lasse Bak Mejlvang, “Smokey Mountain”.

<sup>8</sup> “PAGPAG (Carne Reciclada de Comida Rápida): Tipo Frito: La carne seleccionada se lava con agua, luego se hierve y se escurre. Para la marinada: se mezcla cebolla, ajo, salsa de soya, Sprite, glutamato monosódico (MSG) y jugo de piña con la carne. Luego se fríe en aceite caliente durante 5 minutos. Precio: 30 PHP / \$0.54 USD por porción”. Best Ever Food Review Show, “The Philippines’ heartbreakin street food!! Garbage can chicken / pag pag”.

<sup>9</sup> “Mindoro es la séptima isla más grande del archipiélago filipino, con una superficie de 10,244 km<sup>2</sup>. Se encuentra en el extremo norte del mar de Sulu, al oeste de la región de Bikol y al sur de Manila” (traducción nuestra). Masaru Miyamoto, *The Hanunoo-Mangyan. Society, religion and law among a mountain people of Mindoro Island, Philippines* (Manila: National Museum of Ethnology, 1988), PDF edition, 1.

<sup>10</sup> “Hay al menos siete grupos etnolingüísticos conocidos colectivamente como ‘Mangyan’, que practican la agricultura de roza y quema en las regiones montañosas: los Iraya, Alangan y Tadyawan en la mitad norte, y los Taubuid (o Batangan), Buhid (o Buid), Hanunoo-Mangyan (o Hanunóo) y Ratagnon en la mitad sur” (traducción nuestra). Masaru Miyamoto, *The Hanunoo-Mangyan...*, 1.

para llegar a las diferentes aldeas<sup>11</sup>. Así, llevamos el Pan de la Palabra y el Pan de la Eucaristía.

Los Mangyan son poseedores de tierras llenas de vida y riqueza natural, pero marcadas por una extrema pobreza. Muchas familias han comentado que a veces pasan días sin comer o que solo logran una comida diaria, generalmente frutas que cosechan en el bosque (plátano, papaya, hojas de malunggay). Un día sorprendimos a un niño cocinando ratas de campo para el almuerzo porque no tenían nada más para comer.

En una de nuestras visitas a la aldea de Liguma, mientras reflexionábamos sobre la liturgia de la Palabra, las mujeres nos contaron que no conocen la harina y que su alimento diario es el plátano. Cada día, disponen de dos plátanos para comer: uno para la madre y otro para el hijo. Sin embargo, movidos por los valores de sus ancestros, son capaces de ofrecer sus dos únicos plátanos al visitante, incluso si eso significa quedarse sin comer. Esa generosidad me recordó a la “viuda pobre” del Evangelio (Mc 12,38-44) porque dieron todo lo que tenían para vivir, no de lo que les sobraba. A través de su entrega, los Mangyan se convierten en testigos de una luz que no necesita discursos, sino que se manifiesta en gestos silenciosos de amor radical, incluso sin ser católicos cristianos. Así, las semillas del Verbo siguen dando frutos en realidades que jamás habríamos imaginado.

Nuestra vida religiosa en esta isla es sencilla. Aquí comprendemos que el testimonio no consiste en imponer, sino en estar, en mirar con ojos nuevos, en dejarnos interpelar por lo que no comprendemos. Como afirma la primera carta de Juan, el testimonio auténtico nace de lo que “hemos visto, oído y tocado con nuestras manos” (1 Jn 1,1). Esta es la clave de nuestra espiritualidad: no hablar de Dios desde fuera, sino anunciarlo desde la vida compartida con los pobres, en comunión con ellos, como discípulas del Verbo encarnado.

## 2. Transformación desde la fragilidad. Una reflexión teológica y misionera

Durante este tiempo, mi comprensión teológica, religiosa y misionera ha atravesado una profunda transformación. El contacto directo con contextos

<sup>11</sup> Las aldeas cercanas a nuestra zona son: Liguma, Naswak, Tagascan, Tauga-Diit, Tinis-An, Sipaco, Baataangan, Fanuban, Magdayaga, Akliyang, Bayang, Magod, Talsi, Togo, Safa-Dagat y Lucban.

marcados por la marginalidad y la vulnerabilidad me confrontó de manera radical con la realidad del sufrimiento humano, interpelando profundamente mi vida personal y espiritual. Surgieron con fuerza interrogantes como: ¿Dónde está Dios en medio de tanta pobreza? ¿Cómo ser cristiano sin dejarse afectar por el dolor del mundo? ¿Qué praxis cristiana es necesaria hoy? ¿Cómo hacer creíble nuestra fe? ¿Qué significa ser pobre con los pobres? emergieron con fuerza, desestabilizando certezas previas.

Si bien la formación en filosofía y teología ofrece respuestas conceptuales a estas preguntas, pronto descubrí que el sufrimiento humano desborda los marcos teóricos. En este sentido, la vida misma –particularmente en los márgenes– se ha revelado como un espacio formativo privilegiado, donde la fe se purifica, se encarna y se vuelve más auténtica.

Durante este proceso, comprendí que no bastaba con sostener una imagen de resiliencia misionera. La realidad me confrontó con mi propia fragilidad: me descubrí vulnerable, profundamente afectada por el sufrimiento del otro, experimentando una impotencia que desbordaba mis recursos emocionales y espirituales, dejándome sin respuestas claras. En medio de esta crisis existencial, una conversación con mi mentora me llevó a meditar en el texto de 1 Cor 2,1-5, donde San Pablo escribe:

Así que, hermanos, cuando fui a ustedes para anunciarles el misterio de Dios, no lo hice con gran elocuencia ni sabiduría. Pues me propuse no saber de cosa alguna entre ustedes, sino de Jesucristo, y de este crucificado. Y estuve entre ustedes con debilidad, y mucho temor y temblor. Mi mensaje y mi predicación no fueron con palabras persuasivas de sabiduría humana, sino con demostración del Espíritu y del poder de Dios, para que su fe no se fundara en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios.

Siguiendo el consejo de un amigo, llegué a estas tierras sin expectativas rígidas, abierta al proceso de incultación. Decidí, como Pablo, “no saber de cosa alguna sino de Jesucristo y de este crucificado” (1 Cor 2,2). Intenté mostrarme segura, pero pronto entendí que estas realidades pondrían en evidencia mis propias limitaciones. Como el apóstol, me encontré “en debilidad, y con mucho temor y temblor”.

Este encuentro con mis límites fue revelador: no es por mi fuerza, preparación o sabiduría que puedo sostenerme, sino por la gracia de Dios. Mi mentora, con palabras sabias, me compartió una idea que quedó grabada en mi corazón: “La impotencia puede ser entendida como una necesidad profunda de algo que nos trasciende; en este caso, de YHWH (Dios)”. Esta afirmación iluminó mi comprensión del Dios cristiano que, en su *kénosis*, “se despojó de sí mismo” y se encarnó en Jesús (Flp 2,5-8; Jn 1,14), aceptando incluso el sufrimiento de la cruz.

Ante esta realidad, la pregunta ya no es solo “por qué hay sufrimiento”, sino cómo responder a él. El dolor interpela, exige una respuesta ética y espiritual. Entonces, ¿qué está en nuestras manos? ¿Quedarnos en la contemplación teórica? ¿Ofrecer respuestas doctrinales? ¿Rezar solamente? Cuando el túnel parece no tener salida y la oscuridad nubla la esperanza, es fácil ceder al desencanto. Pero precisamente en esas situaciones resuena con fuerza la vocación cristiana: estamos llamados no a la indiferencia, ni al consumo egoísta, sino al compromiso, aunque sea desde nuestra pequeñez. Incluso un gesto sencillo puede marcar una diferencia.

Mi experiencia es, en definitiva, como me decía mi mentora, una invitación constante a “revisitar lo que aún nos sostiene”. Volver al centro, a la fuente que nos alimenta, a Aquel que habita en lo profundo del corazón humano. Desde mi limitación, he redescubierto mi dependencia radical de YHWH. Y desde esa conciencia, comprendo que nuestra vocación más auténtica es ser cada vez más humanos, pues no es casualidad que el Verbo se haya hecho carne y haya decidido habitar entre nosotros (Jn 1,14).

### **3. Religión y pobreza en Asia. Desafíos teológicos desde el pluralismo y la espiritualidad popular**

En países como Filipinas o la India, se observa una extraordinaria diversidad religiosa y una rica espiritualidad popular. No obstante, esta pluralidad coexiste con elevados índices de pobreza, exclusión y vulnerabilidad. Paradójicamente, es precisamente entre los más pobres, enfermos y marginados donde se percibe una fe viva, intensa y profundamente encarnada (Mc 5,25-34; Mc 10,46-52).

La teología contextual asiática ha sabido interpretar esta realidad con agudeza. Como afirman diversos teólogos de la región, “el Cristo, en cuanto es revelado en la cruz a los asiáticos, es verdaderamente el Cristo asiático [...] porque su cuerpo visible, en el que revela la alianza, son los pobres de la tierra”<sup>12</sup>. En otras palabras, el Cristo crucificado se revela hoy en los cuerpos lacerados de los pobres de Asia, no porque Jesús de Nazaret haya nacido asiático, sino porque Él continúa haciéndose presente en los rostros concretos de los oprimidos, pues “Dios, al hacerse una persona humana, escogió el nacimiento, la vida y la muerte de los deshumanizados”<sup>13</sup>. Desde esta clave hermenéutica, la cruz adquiere un nuevo significado: ya no es vista solo como símbolo de redención universal, sino también como encarnación concreta del sufrimiento de los pueblos asiáticos. Cristo es contemplado como aquel que asume sus cruces, sus pobrezas, luchas y esperanzas.

En el marco de mis estudios sobre la Teología Cristiana de las Religiones, guiados por un teólogo jesuita, pude explorar las valiosas contribuciones de autores como Jean-Marc Fedou, quien observa cómo

el viajero procedente de Occidente queda asombrado por el esplendor de templos, mezquitas y mausoleos, por los ríos sagrados y la ciudad sagrada de Benarés. Pero forman parte también de la India las enormes concentraciones humanas de las grandes urbes, el abismo entre ricos y pobres, la miseria, las enfermedades, etc.<sup>14</sup>.

Estas palabras resonaron en mí durante mi experiencia misionera en Filipinas, donde pude constatar cómo la espiritualidad popular encarna una profunda teología vivida, lejos de cualquier forma de ingenuidad religiosa. Recuerdo con particular intensidad la imagen de un niño que, en medio del incendio que consumía *Smoky Mountain*, eligió salvar las imágenes del Santo Niño, San José y la Virgen María antes que cualquier posesión material. Este tipo de experiencias en Asia nos invitan a repensar nuestras respuestas pastorales y teológicas ante la pobreza, cuestionando soluciones asistencialistas o externas, pues plantean nuevas interrogantes y motiva el desarrollo de una

<sup>12</sup> Juan José Tamayo Acosta, *Nuevo Paradigma Teológico* (Madrid: Trotta, 2003), 60.

<sup>13</sup> Aloysius Pieris, “Cristo más allá del dogma. Hacer cristología en el contexto de las religiones de los pobres”, *Revista latinoamericana de teología* 18, n. 52 (2001): 25.

<sup>14</sup> Michel Fédou, “Debates teológicos en la India”, *Selecciones de teología* n. 142 (1997): 1.

teología renovada<sup>15</sup>. Un ejemplo revelador se dio durante una misión médica en la aldea de Lalit, habitada por la tribu Bangon, donde las recomendaciones sanitarias –como tomar una cucharada de jarabe en ayunas– ignoraban prácticas culturales locales, como la ausencia de utensilios. Además, la imposición de normas de higiene fue interpretada como juicio moral, pasando por alto creencias ancestrales que asocian la suciedad con protección espiritual. Estas experiencias revelan la necesidad de una teología contextualizada, capaz de escuchar, discernir y encarnarse en las realidades concretas de los pueblos.

Estas experiencias nos interpelan a dejar atrás soluciones externas y descontextualizadas, para asumir procesos de acompañamiento que partan de las culturas y cosmovisiones locales como clave de interpretación. Como señala Michael Amaladoss, el verdadero cambio social requiere un compromiso conjunto<sup>16</sup>, desde una perspectiva sinodal. Sin duda alguna, la urgencia de una teología comprometida con el mundo de los pobres es apremiante<sup>17</sup>. En este sentido, la vivencia de la fe en contextos asiáticos no solo enriquece la teología, sino que exige una conversión radical (*shub*, en hebreo, cambio de dirección) y profunda (*metanoia*, en griego, cambio de mente), que renueve nuestra opción por los pobres. Solo una teología humanista, encarnada y sinodal podrá responder con coherencia al clamor de los pueblos y contribuir a la construcción de una sociedad más justa, plural y solidaria.

#### 4. La radicalidad del mensaje de Jesucristo y el desafío teológico-pastoral

La persona y misión de Jesucristo, en su radicalidad evangélica, no pueden comprenderse al margen de su vínculo con los pobres y excluidos de su tiempo. Su vida y mensaje constituyen una subversión de los valores dominantes, un llamado a la conversión profunda (*metanoia*) y al seguimiento sin condiciones. Jesús no solo anunció el Reino de Dios con palabras, sino que lo encarnó mediante una praxis liberadora: optó preferencialmente por

<sup>15</sup> “Creo que lo que estamos afrontando en Asia es una experiencia de fe viva nueva y diferente, que da lugar a nuevas preguntas y a una nueva teología” (traducción nuestra). Michael Amaladoss, “Inter-Religious Dialogue: A View from Asia”, *Landas Journal of Loyola School of Theology* (1994): 5.

<sup>16</sup> “Los países asiáticos son multirreligiosos. Los creyentes de diferentes religiones comparten el mismo contexto económico, sociopolítico y cultural. El cambio social solo puede lograrse en una situación así si todos trabajan juntos” (traducción nuestra). Michael Amaladoss, “Liberation Theologies from Asia”, *Laval théologique et philosophique* 3, n. 54 (1998): 540.

<sup>17</sup> Michel Férou, “Debates teológicos en la India...”, 5.

los marginados –pobres, enfermos, publicanos, mujeres, pecadores, gentiles– desafiando así las estructuras religiosas y sociales de su época (Lc 19,5; Jn 5,3; Mt 9,10; Mt 4,15; Mc 5,15).

Reflexionar teológicamente desde esta opción preferencial implica confrontar hoy las múltiples formas de exclusión generadas por sistemas económicos, culturales y políticos que perpetúan la pobreza y niegan la dignidad de millones. Supone, además, una conversión estructural que cuestione las complicidades e inercias de las propias comunidades cristianas, llamándolas a una praxis coherente con el Evangelio. El desafío teológico-pastoral se sitúa entonces en discernir caminos de acompañamiento encarnado, que partan de la realidad de los pobres como lugar teológico privilegiado (*locus theologicus*) y no como simples receptores de asistencia.

Desde esta perspectiva, y en mi experiencia como teóloga y misionera religiosa, he vivido momentos de profunda fragilidad interior al encontrarme con rostros concretos de dolor y abandono. En contextos de pobreza extrema, donde la esperanza parece ausente, el llamado a dar razón teológica de la fe se vuelve una exigencia silenciosa y a veces dolorosa. La certeza de que Jesús se hace presente en medio del sufrimiento –como semilla de Resurrección en la noche del dolor– ha sostenido mi camino, recordándome que la teología solo puede ser auténtica si se hace desde abajo, desde los crucificados de la historia.

Así entendida, la teología pastoral no es una aplicación de principios abstractos, sino un ejercicio de discernimiento comunitario y sinodal. Su misión es ser puente entre la fe y la vida, entre el Evangelio y las culturas, entre la liturgia y la calle. Esto implica reconocer la dignidad inviolable de cada ser humano, caminar junto a los pueblos y promover activamente la justicia, la inclusión y la paz.

Construir un mundo más justo y fraternal solo es posible mediante un compromiso evangélico con la solidaridad, que desafie las lógicas de la cultura del descarte<sup>18</sup> y revalorice a los últimos como interlocutores del Reino. Frente

<sup>18</sup> “Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. Hemos dado inicio a la cultura del ‘descarte’ [...]. Los excluidos no son ‘explotados’ sino desechos, ‘sobrantes’” (EG 53). Francisco, “Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* sobre el anuncio del evangelio en el mundo actual” (2013).

a este escenario, el mensaje de Jesús nos convoca a ser testigos proféticos, capaces de anunciar la esperanza y denunciar aquello que impide la plenitud de la vida. En este sentido, la radicalidad del Evangelio sigue siendo hoy fuente de interrogación, inspiración y compromiso para toda acción teológica y pastoral verdaderamente fiel a Cristo.

## Conclusión

A lo largo de este recorrido teológico y misionero, he redescubierto que la fragilidad humana no es un límite que impide el encuentro con Dios, sino un umbral donde se revela su presencia transformadora. En este espacio de vulnerabilidad, somos llamados a aprender, desaprender y reaprender, abrazando nuestra humanidad con humildad para encarnar, en lo cotidiano, el amor de un Dios que se manifiesta en el rostro concreto de los pobres.

Tal como expresa 1 Jn 1,1-3, solo se puede anunciar lo que se ha visto, oído y tocado. El Evangelio se vuelve creíble cuando se vive desde la cercanía radical. Por ello, una teología que nace desde los márgenes, inspirada en la *kénosis* del Cristo pobre y crucificado, nos desafía a volver al centro: a una humanidad herida que anhela una palabra de esperanza.

La pregunta recurrente “¿dónde está Dios?” halló respuesta en los rostros sufrientes y resilientes, en las comunidades que, desde su precariedad, comparten vida y esperanza. Allí comprendí que la misión no consiste en llevar a Dios, sino en reconocerlo presente en la historia de los pobres. La tierra misionera es sagrada, pues está habitada por el Verbo encarnado en el dolor, la resistencia y la solidaridad.

La alegría descubierta en medio del sufrimiento no es evasiva ni superficial, sino profundamente evangélica: brota de la comunión silenciosa, de los gestos sencillos y del amor compartido. Esa alegría se convierte en resistencia, profecía y testimonio. Desde esta experiencia, la misión ya no puede concebirse como estrategia o conquista, sino como encarnación del Reino. La fe se revela como respuesta comprometida al sufrimiento del mundo, y la interculturalidad como una escuela de humildad y sinodalidad, donde el otro tiene voz, y juntos discernimos el paso de Dios en la historia.

## Bibliografía

- Amaladoss, Michael. "Inter-religious dialogue. A view from Asia". *Landas Journal of Loyola School of Theology*, (1994): 2-5.  
[https://www.academia.edu/72232931/Inter\\_religious\\_Dialogue\\_A\\_View\\_from\\_Asia](https://www.academia.edu/72232931/Inter_religious_Dialogue_A_View_from_Asia).
- Amaladoss, Michael. "Liberation theologies from Asia". *Laval Théologique et Philosophique* 3, n. 54 (1998): 540. <https://doi.org/10.7202/401183ar>.
- Bak Mejlvang, Lasse. "Smokey Mountain". <https://www.bakmejlvang.com/smokey-mountain>.
- Best Ever Food Review Show. "The Philippines' heartbreakng street food!! Garbage can chicken / pag pag". [https://www.youtube.com/watch?v=nhwufl\\_INRo](https://www.youtube.com/watch?v=nhwufl_INRo).
- Codina, Víctor. *Una Iglesia nazarena. Teología desde los insignificantes*. Santander: Sal Terrae, 2010.
- Fédou, Michel. "Debates teológicos en la India". *Selecciones de Teología*, n. 142 (1997): 1-5. [https://seleccionesdeteologia.net/assets/pdf/142\\_10.pdf](https://seleccionesdeteologia.net/assets/pdf/142_10.pdf).
- Francisco. "Exhortación Apostólica *Evangeli Gaudium* sobre el anuncio del evangelio en el mundo actual" (2013).  
[https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost\\_exhortations/documents/papa-francesco\\_esortazione-ap\\_20131124\\_evangelii-gaudium.html](https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html).
- Ministerio de Relaciones Exteriores. "Bolivianos celebraron Todos Santos en diferentes partes del mundo". <https://cancilleria.gob.bomre/2023/11/02/12006/>.
- Miyamoto, Masaru. *The Hanunoo-Mangyan. Society, religion and law among a mountain people of Mindoro Island, Philippines*. Manila: National Museum of Ethnology, 1988. PDF edition.
- Philippine Statistics Authority. "Population and housing".  
<https://psa.gov.ph/classification/psgc/submuni/1380600000>.

- Pieris, Aloysius. “Cristo más allá del dogma. Hacer cristología en el contexto de las religiones de los pobres”. *Revista latinoamericana de teología* 18, n. 52, (2001): 3-32.  
<https://revistas.uca.edu.sv/index.php/rlt/article/view/5176/5149>.
- Reyes, Carl Russel R. y Trinidad, Gino Antonio P. “The invisibles’ right to the city. A policy research on homelessness in the Philippines”.  
<https://www.ohchr.org/sites/default/files/documents/issues/joint-activity/decriminalization-homelessness/subm-decriminalization-homelessness-extreme-cso-kariton-coalition-joint-submission-phi.pdf>.
- Tamayo Acosta, Juan José. *Nuevo paradigma teológico*. Madrid: Trotta, 2003.

Michelle Karina Orellana Alarcón, SSpS. Es Misionera Sierva del Espíritu Santo. Es licenciada en Filosofía y Letras y licenciada en Teología por la Universidad Católica Boliviana. Es misionera en la Isla de Mindoro Oriental, Filipinas, compartiendo vida y misión con las tribus indígenas Mangyan.  
E-mail: michelle.yessir@yahoo.com; ORCID: 0009-0009-1615-2336.